

Prohibido suicidarse en primavera: **la realidad del suicidio y la persona**

Sentido-libertad-responsabilidad ante la vida

GABRIEL QUESADA MORA
Editorial PROMESA
Costa Rica
egogarnez@hotmail.com

Resumen

Esta obra de teatro guarda su vigencia en tanto ofrece el tratamiento de uno de los grandes temas literarios y existenciales: la vida y su sentido. Casona de una manera irónica, propone un canto a la vida, llevándola al límite de su propia autoanulación: el suicidio. Ante esta realidad tan delicada y misteriosa, la persona humana está llamada a mostrarse como un ser responsable, libre. A esto es a lo que apuesta la obra, aceptar que existe el mal pero que aún así vale pena optar por la vida y la dignidad de la persona.

Palabras claves: vida, suicidio, libertad, existencia, responsabilidad, amor, Alejandro Casona, teatro español

Abstract

This play remains valid because of its emphasis on the greatest literary and existential topics: life and its meaning. Casona proposes ironically a song to life by leading this one to the limit of its own auto-annulment: the suicide. In the view of this sensitive and mysterious reality, the human being should prove to be responsible and free. This play intends to accept that even if evil exists, it is worth to opt for life and human dignity.

Key words: life, suicide, freedom, existence, responsibility, love, Alejandro Casona, Spanish theater

“A cada hombre se le pregunta por la vida
y únicamente puede responder a la vida
respondiendo por su propia vida; sólo siendo
responsable puede contestar a la vida”
Viktor Frankl

El canto de la vida

“*Prohibido suicidarse en primavera*”. Ya en el título encontramos importantes claves interpretativas. La palabra “prohibir”, del latín *prohibere* (apartar, mantener lejos), está compuesta del prefijo pro –en sentido de negativo, de no hacer–, quiere decir “vedar o impedir el uso o ejecución de algo” (RAE). En la obra se comprende fácilmente y ya al final que *Prohibido suicidarse en primavera* está indicado como sentencia, mandato, exhortación clara y contundente. No hay espacio alguno para ambigüedades o diversas interpretaciones; hay, por el contrario, una claridad meridiana. Esta prohibición dictada al final de la obra resume el desenlace de los diversos personajes que experimentan una transformación: del deseo a suicidarse pasan a la alegre experiencia de la vida, hay una autoprohibición al suicidio una vez que cada personaje ha tenido la oportunidad de sentir y pensar: hundirse en las más ordinarias y sensibles experiencias de la naturaleza y la convivencia humana; el mundo y los rostros hablan de la vida y desde la vida. Aunado a esto es importante la disposición de las palabras: un mandato categórico, la autoanulación de la vida, pero la muerte no tiene la última palabra, es la vida simbolizada en la primavera la que se levanta en toda su frescura y su color, en efecto, la primavera (la primera verdad) es la vida.

Hogar-sanatorio

“El hogar del suicida, sanatorio de almas del doctor Ariel” (Casona 59), leemos en las primeras líneas de las indicaciones espaciales del primer acto. Y aquí nos encontramos con el juego de sentidos opuestos hogar/ sanatorio. “Hogar del suicida”: aquí hogar solo en el sentido de “centro en el que se reúnen personas que tienen en común una actividad, una situación personal o una procedencia” (RAE). El motivo que los reúne es el deseo de suicidarse, ya veremos más adelante que las causas de este deseo son diversas. Podríamos establecer que esta primera calificación es negativa ya que –como veremos en el desarrollo de la obra– este “hogar” es aparentemente una antesala de la anulación voluntaria y definitiva de la vida de la persona. Por su parte, la calificación del lugar como “sanatorio de almas”, nos indica un sentido contrario ya que “sanar” tiene su origen en el latín *sanere* que significa restaurar la salud; de esta manera, “sanatorio” es el lugar donde sanan. Esta calificación la podríamos establecer como positiva ya que se quiere sanar quien precisamente ve en la vida un valor importante y de fundamento.

Hacia las montañas

El lugar geográfico de un sitio en las montañas no es para nada gratuito. Por un lado, apenas al inicio se puede comprender como un lugar de ascenso

hacia lo misterioso, lo que sobrepasa al ser humano, en este caso concreto el misterio insondable de la muerte. Detengámonos un momento para considerar el simbolismo de la montaña. En primer término, la montaña está vinculada de manera clara con la tendencia hacia lo alto. En la historia de las religiones, la montaña está relacionada con la teofanía –manifestación de Dios–: el monte Sinaí, venerado por judíos, cristianos y musulmanes, el monte Tabor en Palestina, el monte Athos en Grecia, el cerro del Tepeyac en México, por mencionar algunos. De la antigüedad recordemos el relato del sacrificio de Isaac de manos de su propio padre Abraham: el ascenso al misterio de un mandato divino que ante los ojos humanos era incomprensible. O el encuentro de Moisés y Dios en el monte Horeb, o el pasaje del profeta Elías que vuelve al Horeb, después de creer que todo está perdido y que la alianza de Dios con su pueblo se ha roto, Elías “entonces se deseó la muerte y exclamó: «¡Basta ya, Señor! ¡Quítame la vida, porque yo no valgo más que mis padres!» Se acostó y se quedó dormido bajo la retama. Pero un ángel lo tocó y le dijo: «¡Levántate, come!» (1 Reyes 19: 4-5). No es que Elías deseara suicidarse –si no lo hubiera hecho por su propia cuenta–, le decía a Dios que una vida como la que estaba llevando no valía la pena, que le hiciera el favor de adelantarle la hora de la muerte. Por el contrario, aparece un ángel y dice “Levántate, come”, dos palabras y acciones que refieren a la vida: alguien vivo, con ganas de vivir y sano, generalmente está de pie, vertical, en camino, y necesita el alimento orgánico propio que el cuerpo requiere para mantener y sustentar su bienestar. Vemos de esta manera que la montaña en cualquiera de los casos es camino hacia lo misterioso, lo que no se comprende en plenitud con la razón humana.

Cultura, muerte y mística

Una vez ubicado geográficamente el “Hogar del suicida”, en su interior se nos muestra la cultura humana como ese otro factor que compone la escena: “el mobiliario, la plástica, el trazado de las arquerías... los óleos de suicidas famosos reproduciendo las escenas de su muerte: Sócrates, Cleopatra, Séneca, Larra”. Naturaleza y cultura son los componentes insobornables y distintos de la realidad humana: el primero viene ya dado, el segundo surge de las manos y la mente –es manufactura y mentefactura– del ser humano. En el caso de Sócrates, hay que hacer la salvedad de que él no buscó la muerte, le fue impuesta la pena de muerte como resolución de los jueces, por negar la existencia de los dioses de la ciudad de Atenas en el año 399 A.C. La forma de la ejecución: beber la cicuta (veneno extraído de una planta de la zona). El caso de Cleopatra y Séneca resulta más cercano a la decisión personal de morir previendo que si no lo hacían habrían de pasar altas dosis de humillación, vergüenza y tortura, la primera frente al poder del primer Emperador del Imperio Romano César Augusto (63 a.C-14.d.C), mientras que Séneca decidió abrirse las venas y morir desangrado en una tina antes de sufrir en su cuerpo la furia del Emperador Nerón en el año 65 d.C.

La frase de Santa Teresa de Jesús (1515-1582) tallada en piedra que dice: “Ven muerte, tan escondida –que no te sienta venir– porque el placer de morir no me vuelva a dar la vida” (Casona 59), no es una invitación al suicidio. En el contexto religioso-mítico de la vida de la santa este anhelar la muerte es el deseo profundo de unirse de manera definitiva y plena al amor de Dios; la muerte es entonces el paso necesario, la puerta que habrá que cruzar para acceder por fin a la verdadera vida y al verdadero amor. No es que piense darse a sí misma la muerte, porque en el acto estaría negando el don primordial de la vida que le ha sido otorgado, como se dijo, este “ven muerte” tiene sentido porque la finalidad es la unión y la presencia –ya sin velos, ni mediaciones– con Dios que es el Amado, como se comprende “ven muerte” en este caso particular no es anulación desesperada de la vida, ni evasión de la realidad.

Des-personalizar

En la primera escena vemos al doctor Roda –director del sanatorio– y su ayudante Hans. Dan repaso de las personas que tienen a su cuidado. Es importante hacer notar que no se dicen nombres propios de personas; en un primer momento se refieren a cada uno de acuerdo con su motivación suicida: desengaños, pelagra, vidas sin rumbo, catástrofe económica, cocaína... (Casona 60). Este es un elemento importante de despersonalización en el que se colocan primero las motivaciones suicidas que a la persona. Después comprenderemos que el doctor Roda los trata como personas, a cada uno de acuerdo con su historia, también hay que rescatar el buen ánimo de Casona de hacer un canto a la vida con esta obra, pero este elemento de des-personalización es necesario rescatarlo para hacer ver que es un comportamiento que sigue vivo en la actualidad, por ejemplo las calificaciones de este “*es un caso de fractura de fémur*”, aquel *es cliente Premium*, este otro “*es un consumidor rentable*”, el de más allá *es un excelente usuario*, este *es un tarjetahabiente* que siempre se atrasa en los pagos... Y en un nivel mayor no nos escapamos de este fenómeno: el comportamiento del mercado, la sociedad, el movimiento, el colectivo; desaparecen los rostros y aparece la masa, el número, la estadística. Fue en un proceso de este tipo en el que Stalin pudo decir que “la muerte de una persona es un hecho trágico, pero la muerte de un millón es simple estadística”; cuando desaparece la persona, cuando ya no hay rostros concretos, es fácil echar a andar la maquinaria de la muerte, Stalin anuló a la persona y así fue responsable de millones de muertes.

El ser persona y los accidentes

Ahora bien, los dos primeros personajes-pacientes no aparecen con nombre propio sino que se nos presentan con calificativos accidentales: el Amante Imaginario y la Dama Triste. Aquí hay que recordar la clarificación de Aristóteles sobre sustancia y accidente. La sustancia es el ser de la persona –o de la cosa– misma. Por su parte,

los accidentes son realidades que no afectan el ser de la persona y que pueden ser mudables, es decir, no forman parte sustancial del ser, su presencia o su ausencia no afecta el ser propio de la sustancia individual. En el caso que nos ocupa, está la persona como sustancia, luego la persona accidentalmente está como amante imaginario o dama triste, estados que pueden cambiar en el tiempo y cuando cambien no podríamos decir que ya no son personas porque no es ya amante o porque ya no está triste; se comprende con claridad que la realidad accidental no afecta la sustancia. En esta misma línea está el personaje “El Padre de la Otra Alicia”; es accidental ser padre, una persona sigue siendo tal aunque no sea biológicamente padre o madre.

Él es Adán y da el nombre

Por su parte está el uso de nombres personales: Chole, Alicia, Cora Yako, Fernando, Juan, Doctor Roda, Hans (Casona 58). Es importante recuperar el valor de dar el nombre a las personas y a las cosas; el acto de nombrar es además una forma de conferir identidad; se conocerá a la persona por ese nombre, con el cual va una historia familiar y unos vínculos afectivos que configurarán la existencia de la persona. Por otro lado, el acto de nombrar las cosas es una manera de ir apropiándose del mundo circundante; por ejemplo, los bebés van aprendiendo los nombres y van inventando otros para nombrar las realidades que van conociendo en su crecimiento. Nombrar es además un esfuerzo de delimitar, de concretizar la realidad para poder conocerla mejor y actuar sobre ella; por ejemplo, cuando alguien va al médico y le dice los síntomas: “siento dolor alrededor del ombligo, tengo el abdomen duro y sensible, tengo fiebre y mareos”, el paciente dice lo que siente, pero no es capaz de nombrar la enfermedad que tiene. El médico como especialista e intérprete de los síntomas –signos– los analiza y con el apoyo de otros exámenes y procedimientos puede llegar a nombrar el padecimiento: “señor, tiene usted apendicitis”.

Galerías y espacios para la vida y la muerte

El “Sanatorio de almas” cuenta con diversos lugares cuyos nombres están relacionados con la muerte y el suicidio: el lago de los ahogados, el bosque de suspensiones, la sala de gas perfumado, la Galería del Silencio, el jardín de la Meditación, el jardín de Werther. Este último es una referencia literaria a la obra de Goethe: *Los sufrimientos del joven Werther*, en cuya carta del 4 de mayo de 1771 Werther describe el jardín del conde M: “el jardín es sencillo, y se observa desde la entrada que el plan, más que engendro de sabio jardinero, es combinación de un alma sensible... En breve seré yo el dueño del jardín” (Goethe 6). El espacio de jardín funciona como esa parcela de tierra alejada de las complicaciones de la ciudad que da un cierto grado de seguridad personal; retirarse al jardín es tener para sí el espacio exterior que puede aumentar la sensación de soledad o ser el medio para abrirse a la experiencia vital de la naturaleza.

El lago de los ahogados es otro espacio físico de muerte. Dice la Dama Triste al doctor “el lago también me gustaría, pero está tan frío” (Casona 62). A un deseo radical y comprometedor de anular la propia vida, se contrapone una excusa trivial: el frío del agua. Se observa entonces una actitud humana de no ser consecuentes: en este caso el deseo y su importancia no corresponden con la excusa expresada, hay una distancia evidente entre estas dos realidades.

El bosque de las suspensiones, huir de la ciudad para estar en la soledad del bosque, de nuevo apartarse de la presencia humana para hacer un acto que elimina la vida. El entorno natural del bosque puede ser entonces un lugar sin referencia moral que no repruebe las intenciones suicidas.

La sala de gas perfumado, le dice la Dama a Fernando “he pedido al doctor que probara a envenenar una rosa. Me gustaría morir aspirando un perfume” (Casona 83). Romántica forma de morir, evitando al mismo tiempo ponerse la mano sobre sí misma y ver en toda su amplitud la realidad del acto suicida, vestir la muerte en la rosa, ocultando al máximo la responsabilidad de elegir la muerte por sí misma, como si viniera dada desde afuera por la rosa o por un gas perfumado.

En los escenarios anteriores, la muerte y la vida entran por todos los sentidos: la sala de gas perfumado (olfato), el jardín (la vista), el agua del lago (tacto), la música de los violines (oído). Pero la vida se manifiesta también por medio de esas realidades: la hermosura de una rosa en un jardín cultivado, el agua vital de un lago que sostiene la vida de otros seres, los árboles que crecen verticales en busca de la luz del sol dadora de vida. Es la mirada interior de la persona la que le da sentido a las cosas y a los seres; una misma realidad puede tener un sentido distinto, de ahí la importancia de aprender a mirar con profundidad, ser justos con la realidad y aprender a dominar los sentimientos humanos, que son importantes pero que no se pueden convertir en el único referente para conducir las decisiones a lo largo de la vida.

Uno de los espacios importantes es la Galería del Silencio. Dice el doctor Roda que “esa Galería no debe atravesarse más que en la hora decisiva” (Casona 63). En efecto, el gran silencio final, es el silencio de la muerte, cuando ya no hay palabra, cuando el tiempo se anula, en donde ya la libertad es impracticable. Por lo tanto, esta galería es la antesala del silencio eterno, no ha de cruzarse apresuradamente, porque la decisión compromete de manera definitiva e irremediable la vida. Junto a esta galería está la entrada hacia el Jardín de la Meditación, espacio que pretende ser un ámbito de reflexión con vistas al exterior para que la persona pueda experimentar las ordinarias realidades que hablan de la vida: los árboles, las flores, los colores, la vista de las montañas, la brisa, etc.

Reacciones de la persona suicida

El doctor Roda ha estado al frente del sanatorio y durante años ha podido estudiar y comprender las reacciones de las personas que llegan con deseos suicidas. Lo dice con claridad:

La primera reacción del desesperado, al entrar aquí, es el aplazamiento. Su sentido heroico de la muerte se ve defraudado. ¡Todo se le presenta aquí tan natural! Es el efecto moral de una ducha fría. Esa noche algunos aceptan alimentos, otros llegan a dormir, e invariablemente todos rompen a llorar. (Casona 77)

El aplazamiento como primera reacción es fundamental, pues alguien que ya no espera nada, de pronto es sumergido en un lugar tan natural, tan apacible, que frena de súbito sus deseos vertiginosos de matarse. El aplazamiento es tiempo para mirar con los ojos del corazón –nos diría el zorro de *El principito*–, la naturaleza habla en el silencio de lo ordinario y lo extraordinario, realidades naturales se vuelven en el signo de la vida. Por su parte, comer, dormir y llorar son actividades propias de la vida, se realizan en vistas a la esperanza del futuro, para alguien que ya no espera nada no tiene sentido seguir dándole a su cuerpo el sustento necesario. Respecto a la acción de llorar, tenemos que es una manifestación sensible de expresar estados diversos y extremos de la interioridad de la persona: dolor, tristeza, alegría, esperanza, etc.

Sigue diciendo el doctor Rada que en la meditación:

el enfermo pasa largas horas en silencio y soledad. Luego, pide libros. Después busca compañía. Va interesándose por los casos de sus compañeros. Llega a sentir una piadosa ternura por el dolor hermano. Y acaba por salir al campo. El aire libre y el paisaje empiezan a operar en él. Un día se sorprende a sí mismo acariciando a una rosa... (Casona 78)

Poco a poco del replegarse sobre sí mismo, como si nada más existiese, la persona va abriéndose a otras realidades personales y exteriores. Este movimiento de poner la mirada en el otro es fundamental, se descubre que hay realidades que nos llaman, que reclaman nuestra colaboración y atención. El dolor es una de las experiencias más radicales de la vulnerabilidad del ser humano, en ella la persona queda como desnuda, y es en ella en donde se pone de manifiesto la sencilla verdad de necesitar de otro ser, para recomponerse y volver a iniciar el camino. El sorprenderse acariciando una rosa es una evidencia de que constitutivamente la persona está dirigida hacia la vida y la belleza, hacia la configuración de experiencias profundas como el amor.

La última etapa de la curación es cuando:

el alma se tonifica al compás de los músculos. El pasado va perdiendo sombras y fuerza; cien pequeños caminos se van abriendo hacia el porvenir, se van ensanchando, floreciendo... Un día ve las manzanas nuevas estallar en el árbol, al labrador que canta sudando al sol, dos novios que se besan mordándose la risa... ¡Y un ansia caliente de vivir se le abraza a las entrañas como un grito! Ese día el enfermo abandona la casa, y en cuanto traspasa el jardín, echa a correr sin volver la cabeza. ¡Está salvado! (Casona 78)

Como se observa, luego de mirar hacia afuera, de abrirse y ver al otro, viene la etapa del ejercicio sostenido de estar abierto a las experiencias de la vida, la belleza y el amor. No se debe acostumbrar a ver las cosas y los seres como ya dados, como fenómenos causales. Hay que estar siempre asombrándose, solo así todo será siempre nuevo y expectante, no habrá espacio para la rutina y el aburrimiento. Cada día podrá ser entonces una conquista y una experiencia única e irrepetible. Hay que ejercitar siempre los músculos de la inteligencia, el corazón y la voluntad. Una actitud determinista limita el asombro y la creatividad, hace a la persona esclava del pasado y de la historia. Por su parte, una actitud de esperanza y alegría posibilita una experiencia estética y vital siempre única y profunda.

Responsabilidad ante la vida

En este apartado es valioso recordar a Kant y su propuesta ética que diferencia el *ser* del *deber ser*, y pone como máxima de la ética el deber. Kant nos dice en su *Metafísica de las costumbres* que:

el hombre no puede enajenar su personalidad mientras viva: y es contradictorio estar autorizado a sustraerse a toda obligación, es decir, a obrar libremente como si no se necesitara ninguna autorización para esta acción. Destruir al sujeto de la moralidad de su propia persona es tanto como extirpar del mundo la moralidad misma en su existencia, en la medida en que depende de él, moralidad que, sin embargo, es fin en sí misma; por consiguiente, disponer de sí mismo como un simple medio para cualquier fin supone desvirtuar a la humanidad en su propia persona, a la cual, sin embargo, fue encomendada la conservación del hombre. (Cano 29)

Como se aprecia, la anterior afirmación está relacionada con la formulación del *imperativo categórico* kantiano que dice “obra de tal modo que trates siempre a la humanidad, tanto en tu persona como en la persona de los demás, siempre como un fin y nunca exclusivamente como un medio” (Burgos 29). Aquí se entiende entonces que para Kant los actos humanos deben moverse por el deber, y un acto como el suicidio que niega el deber para consigo mismo y para con los demás, es entonces un acto que dentro de los parámetros éticos debe ser reprobado. En las palabras del personaje de Alicia cuando le dice al doctor “¡Pero es que la vida no ha querido darme nada! (Casona 66), observamos que hay una posición de la persona como un ser que está para recibir, no para responder. La libertad está para responder a las exigencias precisas que la vida nos presenta, es la persona en el ejercicio de su libertad la que ha de actuar, decidir, elegir, ser activa, tomar la iniciativa, y no esperar en ningún modo que las cosas sucedan por sí mismas.

Lo importante de reflexionar en estos casos es que el ser humano en definitiva necesita responder ante las exigencias de la vida, un sentido de la vida positivo que no signifique la autoeliminación ni el aniquilamiento del otro. Es

sugerente en este aspecto la experiencia de Víktor Frankl, quien en su *libro El hombre en busca de sentido*, afirma que “lo que el hombre realmente necesita no es vivir sin dificultades, sino esforzarse por una meta que le merezca la pena” (Frankl 107). Como se aprecia, vivir implica estar vulnerables al dolor, al sufrimiento, en fin, a diversas dificultades, pero que éstas no son las que tienen que determinar nuestra vida, sino que lo valioso es que cada persona de manera particular y única identifique su ideal de vida, eso por lo que se levanta cada mañana y que a pesar de las dificultades tiene y refuerza su voluntad libre de seguir viviendo. Más adelante, el mismo autor sostiene que “no deberíamos buscar un sentido abstracto de la vida, pues cada uno tiene en ella su propia misión que cumplir, cada uno debe llevar a cabo un cometido concreto. Por tanto ni puede ser reemplazado en la función, ni su vida puede repetirse; su tarea es única como única es su oportunidad para instrumentarla” (Frankl 110). Por último, Frankl con claridad meridiana llega a una conclusión valiosa: “al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas –la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias– para decidir su propio camino” (Frankl 71). En la mayor adversidad el ser humano elige cómo comportarse, aunque en el exterior esté prisionero y limitado, es dueño de su elección, elección que será auténtica en la medida en que sea responsable y orientada hacia la vida y el amor.

En definitiva, la anterior propuesta de responder de manera positiva hacia la vida se aplica tanto para los que creen en Dios como para los que no creen en un ser superior. En ambas posiciones es fundamental tener la certeza de que vivir, existir aquí y ahora significa también ser responsables. Tener un ideal en la vida no es asunto que dependa únicamente de las creencias religiosas, de manera que sí es posible responder ante las exigencias de la vida desde las dos posiciones. Y algo importante además es que un auténtico ideal de la vida debe estar en relación con las demás personas, ninguna persona sensata puede pretender fundar su vida sobre algún ideal que no implique entrar en relación con otras personas, pues si es así sería un iluso. Ahora, este aspecto del ideal y de los vínculos con otras personas significa también ser responsables con uno mismo y con los demás. El acto suicida niega estas relaciones, las rompe y las anula.

Por último, es importante recordar que según las estadísticas de la ONU, en la actualidad en promedio cada cuarenta segundos se suicida una persona en el mundo. Además que los países con más suicidios registrados son los de Europa del Este y Rusia, y en contraste los países con menos suicidios son los de Centroamérica y Suramérica. La pregunta es inevitable ¿Por qué hay menos suicidios en las regiones del mundo donde hay mayor pobreza y peor distribución de la riqueza? ¿La comodidad material es suficiente para construir un sentido de la vida? Además, las tentativas de suicidio por año ascienden a más de 20 millones.

Hay una responsabilidad individual y comunitaria con el problema del suicidio. Más que juzgar, hay que encarnar y ser testimonios insobornables de que la última palabra la tiene la vida. En nuestro ámbito diario, debemos ser embajadores de la vida y la esperanza, agudizar los sentidos para detectar los signos de un alma desesperada que se hunde en la tristeza y asistirle a tiempo en el Jardín

de la Meditación, haciéndole ver los pequeños milagros ordinarios que –al decir de la joven Chole– “la muerte no resuelve nada; que todos los problemas hay que resolverlos de pie” (Casona 117). Ante las exigencias de la vida, lo propio del ser humano es estar vertical para resolver, buscar, mejorar, en fin, para volver a levantar con una mirada nueva la obra esencial que reclama la participación total de la persona. Que en adelante –recordando a Bergson–: “la alegría sea signo de que la vida ha triunfado”.

Nota

1. Trabajo efectuado en el marco del proyecto “Talleres de capacitación a profesores de español de secundaria de III Ciclo”, Proyecto ED-2145 de la Vicerrectoría de Acción Social y del INIE, Universidad de Costa Rica.

Bibliografía

- Burgos, Juan Manuel. *Introducción al personalismo*. Madrid: Ediciones Palabra, 2012.
- Cano Suárez, Jorge Albeiro. “Fenomenología del suicidio”. Tesis. Universidad Pontificia Bolivariana, 2010. *Repositorio Institucional*. Web. 27. ene. 2012. <<http://repository.upb.edu.co:8080/jspui/bitstream/123456789/427/1/TESIS.pdf>>
- Casona, Alejandro. *Prohibido Suicidarse en primavera*. España: Edaf, 2011. Impreso.
- Echeverría, José Rafael. “El suicidio en la ética de Kant”. *Revista Diálogos* 81 (2003).
- Frankl, Viktor. *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Herder, 1991. Impreso.
- La Biblia*. Web. 13 oct. 2012. <http://www.vatican.va/archive/ESL0506/_INDEX.HTM>